

“¿CÓMO PAGARÉ AL SEÑOR TODO EL BIEN QUE ME HA HECHO?”¹
Corpus Christi, día de la caridad
18, junio, 2006

Queridos diocesanos: Vamos a vivir el día de Corpus en la profundidad de su significación y contenido. Es el día memorable en que se nos da en alimento el Pan bajado del cielo (Jn. 6,51):

“¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”, reza el Salmo 115. Ésta es la pregunta que la Iglesia Diocesana, a una sola voz, y cada creyente según el peso de su amor y de su fe, hacemos en el Corpus Christi del año 2006. Es una pregunta propia de un contemplativo, de todo adorador eucarístico con la que el salmista considera cuán grandes cosas ha recibido del Señor; y agradece los dones recibidos del Todopoderoso. Nuestra Iglesia se asocia a la pregunta del salmista llevando en procesión a Jesús Sacramentado por las calles de nuestros pueblos y ciudades. Os invito, queridos hermanos y hermanas, a que hagáis este ejercicio de contemplación para alcanzar amor², porque “amor saca amor”, “nos despierta para amar”, y así es “todo fácil y obraremos muy en breve y muy sin trabajo”³. Miremos con María el “derroche para con nosotros” (Ef 1, 8) del Dios hecho Eucaristía.

Me sirvo para esta contemplación de amor del salmo 115, y de otros textos litúrgicos de la festividad del Corpus en su ciclo B, que subrayan la redención del hombre en la sangre de Cristo. Lo hago con el mejor deseo de que la contemplación eucarística sea “lluvia copiosa” (cf. Salmo 86) sobre las cuestiones centrales que hoy tiene planteadas pastoralmente la Iglesia en España: **el humanismo centrado en el yo o inmanentista y la secularización interna de la vida de la Iglesia**⁴. La pregunta, con su cálido recorrido interior, activará igualmente el amor, la misión y el servicio en el verdadero adorador eucarístico. Y, después de haber meditado lo que el Señor ha hecho con los hombres suscitará, cómo no, la caridad en el día de la caridad, traducida y concretada en el mensaje de Cáritas. Con este ejercicio de amor contemplativo la Eucaristía iluminará nuestra celebración del misterio de fe, hará brotar nuevos modos de transmisión de la fe y cualificará el servicio de la caridad de nuestra Iglesia Diocesana. Dice el himno eucarístico: “quia te

¹ Salmo 115

² San Ignacio de Loyola, *EE* 230-237

³ Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, 22, 14

⁴ Cf. Conferencia Episcopal Española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, “Yo soy el pan de vida” (Jn 6, 35). *Vivir la Eucaristía*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 4.; *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 5.

contemplans totum déficit”, al contemplarte todo se rinde; la bondad de la contemplación eucarística está respaldada por el testimonio de los creyentes⁵. Dicha contemplación integra la celebración, la adoración, la interiorización, y abre a la acción. Se articula nuestra contemplación en tres pasos: la celebración del misterio, el anuncio y transmisión de la fe, y el ejercicio del amor o caridad.

**1. “Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos”
(Mc 14, 24).**

Una gota de esta sangre redentora puede salvar al mundo entero de todo crimen, dice un himno eucarístico. El evangelista, después de descubrirnos la preparación del banquete para Jesús y sus discípulos (Mc 14, 12-16), subraya que es un banquete pascual, en el que Jesús ha dado a los discípulos la nueva forma de unión de Él con ellos. La sangre que Jesús ofrece en el cáliz de vino es la sangre de la alianza derramada por muchos, en ella Jesús sella la nueva y definitiva alianza, recordando a Moisés asperjando el altar y el pueblo con la sangre (cf. Ex 24, 6-8). Jesús, al ofrecernos su cuerpo y su sangre, indica que ofrece su persona en su totalidad; en el pan y el vino Jesús nos da a sí mismo, nos da la vida plena y gozosa. Y las palabras conclusivas de Cristo (Mc 14, 25) subrayan que su presencia visible en medio de sus discípulos ha llegado a su fin; de ahora en adelante estará en medio de ellos, es decir sacramentalmente oculto bajo las apariencias del pan y del vino.

Hay algo que está en el trasfondo del acto fundacional e institucional de la Eucaristía: la santidad y la fidelidad de Cristo hacia nosotros, sus discípulos, no dependen, ni van a depender, de la fidelidad de los propios discípulos, porque no están basadas en la ley de dar y recibir en la misma medida, pues Jesús permanece fiel incluso cuando los discípulos huyen⁶. La fidelidad de Cristo es el único fruto firme para nuestra esperanza: Cristo está ahí siempre. Se trata “de una sangre que habla mejor que la de Abel” (Hb 12, 24), porque no pide venganza (cf Gn 4, 10): “La sangre de Jesús es más elocuente que la de Abel, porque la sangre de Abel pedía la muerte de su hermano fratricida, mientras que la sangre del Señor imploró la vida para sus perseguidores”⁷.

⁵ Cf. Siervo de Dios Diego Hernández González, *Tuyo en Jesús. Selección epistolar*, Obispado de Orihuela-Alicante, Alicante 2002, nn. 117, 120, 121, 123, 129, 131.

⁶ Cf. Klemens Stock, *La liturgia de la palabra. Comentario a los Evangelios dominicales y festivos. Ciclo B*, San Pablo, Madrid 2005, pp. 209-210.

⁷ San Gregorio Magno, *Tratados morales sobre el libro de Job*, 13, 21-23

La mística del sacramento

El himno “Adoro te devote” da la clave de la mística del sacramento: “praesta meae menti de te vivere”, da a mi alma vivir de ti. La pregunta del salmista, que surge de contemplar en Jesucristo el amor de Dios encarnado⁸, lleva a comprender, con los “ojos del corazón” (Ef 1, 18), la esperanza a la que nos llama, la riqueza de gloria que nos da y el poder extraordinario desplegado en Cristo muerto y resucitado para el que cree (cf. Ef 1, 18-21). Este realismo inaudito e imprevisible de Dios hace que en la muerte de Cristo Dios se ponga contra sí mismo: es el amor en su forma más radical. En la cruz se puede contemplar que “Dios es amor” (I Jn 4, 8). Pero el avance contemplativo se asombra al ver que Jesús ha perpetuado este acto de entrega en la institución de la Eucaristía. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús, y nos hace partícipes de él. La religiosidad anterior, que era estar frente a Dios, se ha transformado en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y en su sangre; ésta es la “mística” del sacramento. Cristo se abaja para elevar al hombre: “ellos le vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron” (Ap 12, 11).

Esta mística del sacramento tiene, en palabras de Benedicto XVI, un “carácter social”, porque la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. La unión con Cristo nos hace salir de nosotros mismos. Por eso la moral supone esta mística sacramental que la funda, la posibilita y la realiza: fe, culto y ethos han sido compenetrados en la unión con Dios; la comunión eucarística incluye en un mismo acto un don y una tarea a la vez: el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es una Eucaristía fragmentada en sí misma; pero también es verdad que el mandamiento del amor es posible porque no es una mera exigencia: el amor puede ser “mandado” porque antes es dado, porque antes es Eucaristía. La participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos, en portadores de Cristo.

La acción del Espíritu tiene su origen en la carne glorificada de Jesús

Esta última verdad, la de que el amor mandado es posible porque antes es regalado, da mucha luz sobre nuestro camino espiritual y pastoral. Urge resaltar que el Espíritu nos lo da Cristo. Urge convencernos de que muchas de nuestras debilidades están en la desencarnación de lo cristiano y en la sustitución del Espíritu Santo por un espíritu postcristiano. El Espíritu es quien sostiene el testimonio. No es suficiente al discípulo seguir la causa, es

⁸ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 12-13.

menester adentrarse en la persona de Cristo. Nadie puede confesar que Jesús es el Señor (cf I Co 12, 3) si no es movido por el Espíritu Santo, y nadie puede hablar del Espíritu si no es desde Jesús, puesto que el Espíritu Santo se nos da en la carne gloriosa de Cristo. La mejor palabra sobre el Espíritu Santo es una buena palabra sobre Cristo, ya que el Espíritu no habla de sí mismo (cf Jn 16, 13-14), sino que siempre nos remite y nos presenta la persona de Jesús. El Espíritu, con su unción, inicia la misión. La historia es la escena donde actúa el Espíritu de Dios, la mano del Padre.

Por ello, seguir adelante se convierte en comer para el discípulo de Jesús: “engordar en humildad, mansedumbre, optimismo comiendo el Cuerpo de Jesús a diario”⁹. El hombre tiene que participar en la carne de Cristo, porque el Espíritu descansa en su carne; además, el Espíritu es el que hace el recorrido de la infancia a la madurez en cada discípulo; este proceso inherente es obra del Espíritu. La Eucaristía es presencia de Cristo y del Espíritu transformador. El Espíritu que viene de la carne santa de Cristo conduce dinámicamente la creación, encarna a Cristo en las almas, en la Iglesia y en el mundo, unge la carne para la adopción filial, fortalece la carne en su debilidad, obra el proceso de resurrección, acompaña el proceso de incorporación a Jesús Resucitado, acompaña a la Iglesia, perfecciona el proceso del discípulo que empezó con el bautismo en las etapas del propio discípulo, porque el discipulado de Jesús no es radicalismo del yo ni un romanticismo mental, sino fuerza en el Espíritu para testimoniar la sangre de Cristo en la cruz, como ha explicado E. Romero Pose. El Espíritu viene de la Eucaristía y permanece en la Eucaristía.

El Corpus, celebración y culto a la presencia eucarística

El texto de Marcos, y paralelos (14, 22-25; cf. Mt 26, 26-29; Lc 22, 15-20; I Co 11, 23-25), han originado un gran desarrollo eucarístico en la Iglesia; el Espíritu ha suscitado plegarias, ritos, himnos, lecturas y cultura para evidenciar, adorar y contemplar la presencia eucarística. Si en los primeros siglos se promovió la adoración pública durante el tiempo de la Misa y de la comunión, posteriormente, durante el Medievo, en Occidente, se manifiesta un culto deliberadamente dirigido a la presencia, acentuando la adoración. Fue necesario que el mismo Jesús inspirara en el s. XIII a una religiosa que se llegara a instituir en la Iglesia una fiesta destinada a fomentar este culto a la Eucaristía. Entra entonces en escena Santa Juliana de Monte Cornillon que, tras no pocas incomprendiones, logró que el Obispo de Lieja le diera crédito y celebrara en la diócesis, el año 1242, la fiesta del Corpus Christi. Más tarde, el Papa Urbano IV la extendió a la Iglesia universal y la fiesta de este día fue enriquecida desde el principio con una procesión por las calles de la Ciudad, en acción de gracias por los beneficios recibidos del Señor, presente en la Eucaristía. Lo que inicialmente fue patrimonio exclusivo de la ciudad de Lieja, se extendió pronto a toda la cristiandad, especialmente a las naciones europeas, donde tenía más arraigo el cristianismo.

⁹ Cf. Siervo de Dios Diego Hernández González, *Tuyo en Jesús. Selección epistolar*, Obispado de Orihuela-Alicante, Alicante 2002, nn. 126, 115, 119, 122, 127.

De aquí que la primera preocupación de Urbano IV fuera ofrecer un oficio propio para esta fiesta, un canto de alabanza al Señor con himnos, antífonas y responsorios adecuados. Fue requerido para redactarlo el teólogo y santo de mayor relieve del siglo XIII, Tomás de Aquino. El Doctor Angélico preparó textos adecuados que, por su profundización en el misterio de Cristo, enriquecieron a la Iglesia universal. Además de las procesiones solemnísimas en ciudades y aldeas, nuestro pueblo hispano fue único en solemnizar la fiesta del Corpus con piezas teatrales castizamente españolas. Me refiero a los llamados autos sacramentales, representaciones en el interior de los templos o en el atrio de las catedrales, que giraban en torno a la Eucaristía. Conocimiento y veneración, profesión de fe y alegría compartida se vivían en la fiesta. Se conserva en la literatura española una serie de tales autos sacramentales de Calderón de la Barca, de Lope de Vega y de Tirso de Molina, la trilogía más contundente del teatro español del Siglo de Oro.

2 “Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva” (I Co 11, 26).

“La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia. Así se explica la *esmerada atención* que ha prestado siempre al Misterio eucarístico”¹⁰. “La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de Sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación”¹¹. “La Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en él, con el Padre y con el Espíritu Santo”¹².

“El don por excelencia”, “lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia”, se convierte de “*lex credendi*” en “*lex orandi*” para llegar a “*lex vivendi*”¹³, siendo, a la vez, la fuente y, al mismo tiempo, cumbre de la evangelización. Y así, la transformación del mundo que esperan todos los hombres en su corazón, aun sin saberlo, se realiza ya de forma misteriosa en la Eucaristía”¹⁴. Nuestra celebración eucarística, el misterio de la sangre de

¹⁰ Juan Pablo II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistía*, 9.

¹¹ *Ib.*, 18.

¹² *Ib.*, 22.

¹³ Conferencia Episcopal Española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 6.

¹⁴ Conferencia Episcopal Española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 20.

Cristo, es vivencia de la esperanza hasta que el Señor vuelva, sin desertar de este mundo¹⁵. “La esmerada atención” tiene que manifestarse en su celebración bella, digna y fecunda para no contagiarse por un proceso interno de secularización de la propia liturgia¹⁶. La fe nos pide que seamos conscientes de que estamos ante Cristo cuando estamos ante la Eucaristía¹⁷.

La Eucaristía, en consecuencia, es alimento santo para nuestro discipulado de Jesús; su grandeza requiere de nosotros constante esfuerzo de conversión practicado en el sacramento de la Reconciliación, “exámítese cada cual para recibir a Cristo dignamente” (cf. I Co 11, 27-19), en estado de gracia¹⁸; y “celebrarla con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad” (I Cor 5, 8), tratando de “venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención”¹⁹. Sin duda alguna, a la experiencia del misterio se va por la calidad de la veneración. Descubrimos la alegría de la celebración eucarística del domingo siendo misioneros de “la muerte del Señor”.

“Proclamar la muerte del Señor”: Transmisión de la fe.

“Y vosotros ¿quién decís que soy yo?” (Mt 16, 15). Proclamar la muerte del Señor es testimoniar y hablar de Cristo con palabras y obras. “La pregunta de Jesucristo a sus discípulos se extiende en el curso de la historia a los cristianos de todos los tiempos”²⁰. También nosotros debemos examinar qué hablamos y decimos de Cristo. “Del tesoro inagotable que es la Eucaristía, consideramos urgente recuperar el lugar que le corresponde en la transmisión de la fe. Con preocupación observamos cómo muchos de los que se profesan cristianos carecen de una fe personal. Conservan prácticas religiosas, viven una fe intermitente, o reivindican creer al margen de la Iglesia”²¹. Es una constatación frecuente, pero muy triste.

¹⁵ San Agustín. *Carta a Diogneto*, 6, 9.

¹⁶ Cf. Conferencia Episcopal Española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 20; Conferencia Episcopal Española, *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*, Madrid 30 de marzo de 2006, 40.

¹⁷ Juan Pablo II, *Mane nobiscum Domine*, 16; Conferencia Episcopal Española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, 22.

¹⁸ Cf. Juan Pablo II, RH 20; *Dominicae coenae*, 7; DM 13; *Ecclesia de Eucharistía*, 37; Conferencia Episcopal Española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 23.

¹⁹ Oración colecta del Corpus.

²⁰ Conferencia Episcopal Española, *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 1.

²¹ Conferencia Episcopal Española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 10.

Los obispos españoles, con otros y como otros obispos²², creemos que en la transmisión de la fe se encuentra el punto de verificación más auténtico de las dos tareas necesarias en el presente: **“acreditar la Iglesia como hogar de la fe y profesar la fe rectamente”**²³. Mirando la Eucaristía debemos iluminar y fecundar la transmisión de la fe.

3. “Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis” (Jn 13, 15).

Armonizado así nuestro corazón con el corazón de Cristo por el Espíritu de amor que Él nos da, pueden manar de nuestro corazón “torrentes de agua viva” (Jn 4, 14; cf. 7, 38-39), que nos capaciten y nos muevan a amar a los hombres y mujeres, a todos los hermanos, como Él nos ha amado y nos ama: “Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado” (Jn 7, 39). Transformado el corazón de la comunidad eucarística, podemos llegar a ser en el mundo testigos más convincentes del amor del Padre; así, toda la actividad eclesial, sea la evangelización, sea la celebración de los sacramentos, es, y debe ser, expresión de un amor que busca el bien integral de cada hombre²⁴. Éste es el servicio que presta la Iglesia.

La calidad y el perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia

La caridad es la tarea de la Iglesia, desde la comunidad parroquial, la Iglesia Diocesana y la Iglesia universal. La Iglesia tiene que poner en práctica, organizándose adecuadamente, el amor de Cristo, aunado con su compromiso necesario por la justicia²⁵. “El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es, ante todo, una tarea para cada fiel, pero también la Iglesia, en cuanto comunidad, ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización como presupuesto para un servicio comunitario ordenado”²⁶. Tener claros estos campos es necesario para la

²² Conferencia Episcopal Francesa, *Proponer la fe en la sociedad actual*, Lourdes, 9 de noviembre de 1996; *Ir al corazón de la fe. Interrogantes de futuro para la catequesis*, Lourdes, 8 de diciembre de 2002; Conferencia Episcopal Alemana, *La catequesis en un tiempo de cambio*, 22 de junio de 2004; Asamblea de Obispos de Québec, *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*, marzo de 2006; *Jesucristo, camino de humanización. Orientaciones para la formación para la vida cristiana*, 2004.

²³ Conferencia Episcopal española, *Plan de Pastoral 2006-2010*, Madrid, 30 de marzo de 2006, 10.

²⁴ Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 19

²⁵ Cf. *Ibid*, 28

²⁶ Cf. *Ibid*, 20

Iglesia²⁷ y para cada uno de sus miembros. La Iglesia siempre está rejuveneciendo en cada momento histórico la esencia de la caridad cristiana y eclesial, a la luz de la Eucaristía y del mandamiento nuevo de Cristo.

Por ello, una nota esencial de los hombres y mujeres de la Iglesia, en cualquiera de sus organizaciones, comenzando por nuestra Cáritas parroquial, interparroquial y diocesana, es la competencia profesional en esa racionalidad de servicio; pero, aunque es necesaria la profesionalidad competente en el campo de la actividad caritativa, no es suficiente, por sí sola no basta. Los hombres necesitamos recibir humanidad, atención cordial, ayuda que nace del corazón, con el fin de que, al ser ayudados, experimentemos la riqueza humanizadora de la humanidad, algo más que una ayuda técnicamente correcta. A nuestros agentes de la caridad, además de la formación profesional, se les pide también, y sobre todo, una formación del corazón para que la ayuda que prestan sea consecuencia de la fe que actúa en ellos por la caridad (cf. Ga 5, 6). Para que la ayuda sea nítida ayuda de la comunidad de Jesús, la actividad caritativa cristiana, como segunda nota de su esencia, ha de ser pulcramente independiente de partidos e ideologías en las acciones y en las personas que la ejercen.

Finalmente, la actividad caritativa de la Iglesia debe ser un amor gratuito, que no se practica para obtener otros objetivos subliminares, sin que esto indique dejar de lado a Dios y a Cristo. Este amor puro y gratuito es la plasmación del amor de Cristo, pues así se hace creíble en sí misma la acción, evitando todo tipo de intenciones indirectas de captación o proselitismo. El amor gratuito es el mejor testimonio de la seriedad de nuestro amor, evitando hacerlo amor funcional, amistad funcional. Es amor en sí mismo y por sí mismo. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor²⁸.

“Construyamos un presente común. Nadie sin futuro”

Este lema de Cáritas para el día de la caridad, para el Corpus de 2006, se sustenta en un presupuesto y en una invitación a todos nosotros. Presupone que las relaciones entre los hombres se construyen a partir de unos valores humanos y humanizadores y que esa construcción en el presente es fundamento del futuro, también para cada hombre. Por ello, se nos invita a examinar nuestra calidad humana de acogida, de apertura y de integración de las personas, especialmente inmigrantes. Cada uno de nosotros, cada agente de pastoral caritativa, debe mirarse en el “Ecce homo” (Jn 19, 5), en Cristo, Hijo de Dios, plenitud de ser hombre, para aprender humanidad. “La caridad de Cristo, experimentada y alimentada en la Eucaristía, nos apremia²⁹ para no sólo acoger a los pobres que llaman a nuestra puerta, sino para ir al encuentro

²⁷ Ibid, 28-29.

²⁸ Cf Ibid, 31

²⁹ Comisión Episcopal de Pastoral Social, 18 de junio 2006: *Festividad del Corpus Christi. Eucaristía, Misión, Servicio*. Mensaje, Madrid, 15 de mayo de 2006, 1.

de cuantos no han escuchado la invitación al banquete del Reino. Al hacer esa acogida y búsqueda del hermano, realizamos el camino trazado por Cristo: “Haced esto en memoria mía” (I Cor 11, 24).

Del mismo modo, “la caridad de las palabras y de las obras se nutre del misterio eucarístico”³⁰. “Nuestras Cáritas nacieron con la vocación de animar este dinamismo en el seno de la comunidad eclesial”³¹, y se inscriben en esta dinámica eucarística al ser racionalidad orgánica y sistemática de la diaconía de la comunidad cristiana³².

“Te ofreceré un sacrificio de alabanza”

La pregunta del salmista, “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?” (Salmo 115), ha sido nuestro punto de partida y el hilo meditativo de esta contemplación para alcanzar amor. Contemplar la Eucaristía en toda su hondura necesariamente nos conduce a preguntarnos: Señor, ¿qué quieres que haga? En nuestra relación con Dios las deudas contraídas con Él son ciertamente impagables³³. Jamás podremos pagarle y decir estamos en paz, porque hay una desproporción irreparable entre su haber y el nuestro³⁴. Por eso, Dios mismo en Cristo viene en ayuda del creyente en esta deuda impagable por la Eucaristía: “¿cómo podrán devolver tales dones si no fuera por concesión de aquel que fue el primero en concedérselos?”³⁵. Así lo entiende el salmista y así contesta a su propia pregunta: “Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre”, “Te ofreceré un sacrificio de alabanza” (Salmo 115). Incluso cuando el cáliz sea “la copa de la pasión”, triunfaremos porque en nosotros ha vencido Cristo³⁶.

Le pagamos a Dios, nuestro Padre, en y con la Eucaristía. El precio de nuestro rescate no es recibido por el Padre, sino que es Él el que lo paga; paga el precio más alto de todos: “no ahorró a su propio Hijo” (Rm 8, 32). Dios Padre no es cruel, sino que, como dice San Bernardo, “no fue la muerte de Cristo lo que agradó a Dios Padre, sino su voluntad de morir espontáneamente por nosotros; Dios Padre no pidió la sangre del Hijo, solo aceptó lo que se le ofreció”³⁷. La intención del Padre es demostrar que quiere hasta el extremo a los hombres; y si en esa demostración acontece la muerte de Cristo, la acepta (cf Jn 3, 16-17; 13, 1; Rm 8, 31-38; 5, 6-11; 3, 21-26).

María contesta en el “Magnificat” (cf Lc 1, 46-55) a la pregunta con que se abrió nuestra contemplación para alcanzar amor: “Se estremece de gozo mi espíritu por Dios, mi salvador..., porque hizo en mi favor grandes cosas el Poderoso”

³⁰ Comisión Episcopal de Pastoral Social, l.c., 3.

³¹ Comisión Episcopal de Pastoral Social, l.c., 3.

³² Comisión Episcopal de Pastoral Social, l.c., 4.

³³ Cf. Santo Tomás de Aquino, STh., 2-2, 80, 1.

³⁴ Cf. Jose F. Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1976, pp. 162-169.

³⁵ San Agustín, *Sermón 329*.

³⁶ Cf. San Agustín, *Sermón 329*.

³⁷ San Bernardo, *Epistola*, 90, *De errore Abelardi*, 8, 21-22.

(Lc 1, 47,48). Nuestra paga es alabar a Dios en su Hijo entregado por nosotros. Alegrarnos de que Dios sea grande, misericordioso y bondadoso con nosotros.

“Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche”³⁸.

Con mi cordial bendición,

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

³⁸ San Juan de la Cruz, *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe*, 9.